

Del ser al lenguaje.

El desvanecimiento pragmático de la metafísica según Richard Rorty

Diego Sebastián García Enríquez

sebastiangarcia2464@gmail.com

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIHUAHUA

ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-7542-7407>

DOI: <https://doi.org/10.54167/roee.v4i2.2230>

Recibido: 2026/02/13

Aceptado para su publicación: 2026/08/21

Publicado: 2026/08/31

Resumen: El trabajo estudia la propuesta filosófica de Richard Rorty acerca de la ironía, la contingencia y la solidaridad con el objetivo de analizar sus intentos por replantear el legado metafísico occidental. Según la hipótesis, su razonamiento traslada dicha herencia a un contexto lingüístico y cultural en el que la verdad ya no tiene como fin último ser el fundamento. La investigación se realiza mediante una lectura hermenéutica de “La filosofía y el espejo de la naturaleza” y “Contingencia, ironía y solidaridad”, con citas concretas de Heidegger y Nietzsche para definir el alcance del cambio pragmatista. Se puede inferir de este recorrido que el ironista es una persona que tiene un conocimiento histórico del idioma y una actitud hacia el pluralismo. De esta manera, la superación de la metafísica se presenta como un cambio cultural enfocado en el diálogo y en la expansión de la solidaridad democrática.

Palabras clave: contingencia, ironía, pragmatismo, representacionalismo, redesccripción, solidaridad

Abstract: This paper examines Richard Rorty's philosophical proposal concerning irony, contingency, and solidarity in order to analyze his attempt to rethink the Western metaphysical legacy. The central hypothesis argues that his approach relocates this inheritance within a linguistic and cultural framework where truth no longer functions as an ultimate foundation. The study develops through a hermeneutic reading of *Philosophy and the Mirror of Nature* and *Contingency, Irony, and Solidarity*, supported by selective references to Heidegger and Nietzsche to delineate the scope of the pragmatist shift. From this analysis, the ironist emerges as a figure marked by historical awareness of language and openness to plural vocabularies. The overcoming of metaphysics thus appears as a cultural transformation oriented toward dialogue and the expansion of democratic solidarity.

Keywords: contingency, irony, pragmatism, representationalism, redescription, solidarity

I. Introducción

La crisis de la metafísica occidental es el contexto en que surge el pensamiento filosófico contemporáneo. Desde inicios del siglo XX, la creencia de que la razón es la base absoluta del conocimiento ha ido disminuyendo. Para describir un mundo caracterizado por la diversidad cultural, la historia de las lenguas y la variabilidad de los modos de vida, los términos provenientes de la tradición, como: sustancia, esencia, verdad y sujeto, ya no eran suficientes. En ese marco, la filosofía comenzó a interrogarse también acerca de su lugar de enunciación y sus herramientas.

Heidegger y Nietzsche son dos filósofos que llevaron esta reflexión a su máxima expresión. El primero, al criticar la metafísica como un repudio a la vida y afirmar que los valores deben ser reevaluados; el segundo, al volver a interpretar toda la historia de la filosofía como una historia de olvido del ser. Coinciden en que, para superar la metafísica, no es suficiente con una simple refutación; se requiere un cambio profundo en el pensamiento. Siguiendo esa línea, sus

proyectos marcan el comienzo de una filosofía que pone en duda su lenguaje y la posibilidad misma del sentido.

Richard Rorty adopta este diagnóstico y lo lleva a la esfera del pragmatismo contemporáneo, en el escenario posterior. No obstante, su propuesta tiene como objetivo liberar al pensamiento de la necesidad de fundamentos. Rorty propone una filosofía que abandona el deseo de encontrar estructuras universales de la realidad, sustituyendo la verdad con la redescrición y el conocimiento con la conversación.

Así, su "ironía" es la conciencia de que todo vocabulario está sujeto a contingencias y puede ser revisado. La filosofía se transforma en una práctica cultural que tiene más afinidad con la literatura que con la ciencia. Su enfoque principal es inventar nuevas formas de vivir en el mundo.

La tensión que guiará este trabajo es la siguiente: ¿cómo puede interpretarse la ironía rortyana como una superación auténtica de la metafísica, y hasta qué grado su propuesta todavía depende, aunque de ma-

nera atenuada, de los horizontes que abrieron Nietzsche y Heidegger? La cuestión no se limita a establecer influencias, pues se abre a investigar qué se pierde y qué cambia cuando la pregunta acerca del ser se expresa en términos de contingencia.

La hipótesis que orientará la investigación sostiene que Rorty logra superar la metafísica en términos prácticos al abandonar el lenguaje fundacionalista y sustituirlo por una perspectiva conversacional. Sin embargo, este progreso se alcanza a costa de eliminar la dimensión ontológica y trágica que Heidegger y Nietzsche sostienen como experiencia del ser. Así, su ironía es una versión secular y terapéutica de ese impulso metafísico que los dos pensadores todavía consideraban ineludible.

La metodología adoptada será de carácter hermenéutico-comparativo, combinando el análisis conceptual de los textos primarios (*La filosofía y el espejo de la naturaleza* y *Contingencia, ironía y solidaridad* de Rorty; Nietzsche (Tomo I) y *Ser y tiempo* de Heidegger; y los fragmentos de Nietzsche del *Crepúsculo de los ídolos*, con el apoyo de literatura secundaria (Santisteban, Vattimo, Safranski y Escudero, entre otros).

Esta aproximación permitirá observar cómo Rorty reinterpreta la crítica nietzscheano-heideggeriana a la metafísica dentro del horizonte del pragmatismo lingüístico, y evaluar si su propuesta constituye una auténtica ruptura o una continuación disimulada de la tradición que busca superar.

II. **La superación de la metafísica y el desplazamiento hacia el lenguaje**

Decir “la superación de la metafísica” quiere decir que el pensamiento occidental se encuentra ante un momento histórico fundamental. Desde el principio, la filosofía ha buscado un fundamento último: una verdad universal, necesaria e inmutable que pueda

sustentar tanto el conocimiento como el sentido de la existencia.

Sin embargo, en el curso del siglo XX, este anhelo comenzó a aparecer como un plan que ya se había completado. La aparición de nuevas perspectivas, históricas, hermenéuticas, lingüísticas, y la incapacidad de las grandes narrativas racionalistas, evidenciaron que el pensamiento se lleva a cabo marcos de sentido siempre restringidos.

La metafísica, en esta transformación de punto de vista, se convierte en un asunto del lenguaje: se transforma en la manera en que organizamos, nombramos y describimos la experiencia. Ya no se trataba de describir la manera en que el pensamiento representa la realidad, sino de entender cómo surge el significado en los usos del lenguaje. Por otra parte, el pragmatismo estadounidense, defendía que el conocimiento era más bien una herramienta para orientarse en ella.

Rorty recoge ambas corrientes y las lleva a una conclusión extrema: si todo lo que se piensa sucede en el lenguaje, y si el lenguaje es una práctica de los seres humanos, entonces no es posible para la filosofía reclamar un acceso privilegiado a la verdad.

Rorty afirma en *La filosofía y el espejo de la naturaleza* que, a lo largo de la tradición moderna, se emplea de manera continua una metáfora: el espejo como mente.

“La imagen que mantiene cautiva a la filosofía tradicional es la de la mente como un gran espejo, que contiene diversas representaciones —algunas exactas, y otras no— y se puede estudiar con métodos puros, no empíricos, (Rorty, *La filosofía y el espejo de la naturaleza* 1989, 20)”.

Se creía que la tarea del conocimiento era lograr una coincidencia exacta entre la representación mental y el orden mundial, desde Kant hasta Descartes. Esta representación, según Rorty, reforzó la idea de que la filosofía debía garantizar las bases del conoci-

miento, o sea, establecer los criterios definitivos que aseguren su validez.

El resultado fue convertir la filosofía en una especie de tribunal del saber, cuyo propósito era decidir qué discursos eran dignos de ser considerados verdaderos. Rorty se refiere a esta acción como “epistemología fundacionalista”, y la ve como la forma más representativa de la metafísica contemporánea.

La finalidad de su crítica es precisamente desmantelar este modelo. Rorty propone que, en vez de entender el conocimiento como una representación del mundo, se lo vea como una red de diálogos en la que se debaten y cambian los criterios de verdad. Así, la filosofía no debería tratar de hallar una relación entre el lenguaje y la realidad; por el contrario, debería colaborar en la creación de nuevos vocabularios para expresar las experiencias.

Este cambio de la verdad descriptiva implica una modificación en el papel: la misión de los filósofos ya no es descubrir qué “es” el mundo. Su misión ahora era pensar en maneras más eficientes de hablar sobre él. En este momento, la propuesta de Rorty está relacionada con la reflexión de Nietzsche y Heidegger; sin embargo, su tono y objetivo son distintos. Nietzsche había señalado que todo deseo de verdad encierra una voluntad de poder.

La metafísica, que se entiende como la indagación de un mundo más allá de lo sensorial, no es más que el reflejo del deseo humano de estabilidad. Al afirmar que Dios ha muerto, Nietzsche dismantela la jerarquía que subordinaba la existencia a un orden trascendente y propone una declaración creativa: el individuo como artista e intérprete de su propia realidad.

Heidegger, en lo que respecta a Nietzsche, reinterpreta la crítica de este último dentro del marco de su pregunta sobre el ser, afirmando que *“la pregunta acerca de qué es en verdad el ser tiene que preguntar al mismo tiempo qué es la verdad en la que se despejará el*

ser, (Heidegger, Nietzsche Tomo 1 2000, 73)”. Conforme a lo que expresa en su lectura, la metafísica es una meta del pensamiento occidental que restringe el ser a presencia y el lenguaje a herramienta.

La llamada “historia del ser” muestra que la filosofía ha ignorado lo que hace posible cualquier comprensión: la apertura misma en la cual el ser se manifiesta. Por ende, ir más allá de la metafísica significa aprender a pensar desde ese punto de vista abierto. Heidegger propone una reflexión que escuche cómo el ser se manifiesta en el lenguaje.

Rorty asume este diagnóstico, pero lo transforma en un enfoque pragmático-lingüístico. La metafísica, de este modo, se supera a través de la creación de vocabularios; según Nietzsche, por medio de la creación de valores; y para Heidegger, por el desocultamiento del ser. La cuestión ontológica se transforma en un asunto de índole cultural: ¿Qué tipos de lenguaje nos permiten vivir y coexistir mejor?

Este cambio de dirección indica la transición de una superación ontológica a otra práctica. El pensamiento deja de lado el propósito de asegurar una definición estable del ser. La ironía tiene una finalidad distinta: interrumpe la autoridad de la metafísica y descompone su rigidez. Si se piensa que todo lenguaje es contingente, no existe una forma de expresión que pueda ser considerada como la definitiva.

Esta transformación hacia el lenguaje implica que la función de la filosofía se redefiniera. La filosofía ya no busca una base absoluta, y se convierte en un espacio de traducción entre diferentes discursos. Su valor se encuentra en su capacidad para generar nuevas descripciones que amplíen la imaginación a nivel cultural y moral. Sin embargo, esta misma acción conlleva un riesgo: al sustituir la indagación sobre el ser por el diálogo en torno al lenguaje.

Rorty puede estar despojando a la reflexión de la profundidad existencial que Heidegger y Nietzsche aún conservaban. En Rorty, lo que en ellos constituía apertura ontológica o experiencia trágica se vuelve una ironía.

La “superación de la metafísica” ya no es una ruptura total; se manifiesta como un cambio en el eje de reflexión: pasando del ser al lenguaje, de la verdad al consenso y del pathos a la ironía. La interrogante que se plantea, y que guiará las siguientes partes del texto, es si esta modificación supone una liberación de la mente o una reducción de su alcance.

Rorty quita a la filosofía el peso de la verdad, pero al hacerlo también debilita su faceta ontológica.

III. La Ironía como Superación Práctica

La idea de “superación de la metafísica” en la filosofía de Richard Rorty tiene un significado que se puede considerar claramente práctico, de perder interés en las grandes construcciones filosóficas del pasado sin necesidad de refutarlas, de sustituir el problema del fundamento por la práctica de re-describir. La metafísica, que se puede interpretar como el intento de hallar un vocabulario definitivo acerca de la realidad, se desvanecía cuando se asumía que el lenguaje era más bien una herramienta creada para desenvolverse en el mundo. Rorty propone un pensamiento que, en lugar de buscar una base absoluta, pueda moverse con flexibilidad entre distintos marcos de significado, considerando su propia contingencia. Se le llama ironía a esa actitud.

En su obra *Contingencia, ironía y solidaridad*, Rorty caracteriza al ironista como alguien que ha comprendido que todas las lenguas son históricas. Es consciente de que las palabras con las que reflexiona (“moral”, “yo”, “razón”, “verdad”) son creaciones humanas susceptibles a ser alteradas. De ahí que no confíe en nin-

gún vocabulario último. Su rasgo fundamental es la conciencia de que sus convicciones más arraigadas podrían ser replanteadas si se presentara un lenguaje más persuasivo o fecundo.

La ironía es una forma de claridad interna que permite la oportunidad de analizar cualquier discurso, incluyendo el propio. Este enfoque se origina en la crítica al representacionalismo que se presenta en el libro *“Contingencia, Ironía y Solidaridad”*. En ese marco, el conocimiento se presenta como una representación contextualizada del mundo, en lugar de ser una visión objetiva de la realidad. Desde ese entendimiento, cualquier esfuerzo por encontrar una verdad absoluta se torna inútil, o como el mismo lo describe en la introducción de su libro. Hay que distinguir entre la afirmación de que el mundo está ahí afuera y la afirmación de que la verdad está ahí afuera. Decir que el mundo está ahí afuera, creación que no es nuestra, equivale a decir, en consonancia con el sentido común, que la mayor parte de las cosas que se hallan en el espacio y el tiempo son los efectos de causas entre las que no figuran los estados mentales humanos. Decir que la verdad no está ahí afuera es simplemente decir que donde no hay proposiciones no hay verdad, que las proposiciones son elementos de los lenguajes humanos, y que los lenguajes humanos son creaciones humanas, (Rorty, *Contingencia, Ironía y Solidaridad* 1989, 25).

El lenguaje se convierte en un espacio de creación cultural y deja de ser una herramienta transparente. En este panorama, la ironía actúa como una disposición mental que posibilita nuevas maneras de concebir y expresar.

El ironista, más que buscar una verdad oculta, examina las consecuencias de diferentes representaciones del mundo. Rorty utiliza este concepto en el campo de la moral y la política. Propone una visión basada en la solidaridad, en contraste con la tradición que asociaba la ética con fundamentos universales o

racionales. No hay motivos concluyentes para inclinarse hacia la justicia, la tolerancia o la libertad; solo una historia compartida de dolor y esperanza.

Rorty sostiene que la solidaridad se construye mediante la narración y la empatía que provocan las historias de otras personas. Por lo tanto, la literatura juega un papel fundamental en su pensamiento. Rorty sugiere que, en lugar de utilizar sistemas filosóficos para definir lo bueno, los testimonios y las novelas pueden aumentar nuestra sensibilidad moral de manera más eficiente que la argumentación metafísica. Al igual que la conversación, la lectura se transforma en una manera de adquirir conocimientos morales.

En esta fase, se hace evidente que, de acuerdo con Rorty, la superación de la metafísica no es conceptual, sino terapéutica. No tiene como finalidad ofrecer una teoría nueva acerca del ser, sino curar el pensamiento de su obsesión por fundamentar. Su propuesta refleja la invitación de Wittgenstein a “dejar que la filosofía repose, (Wittgenstein 1988, 133)”;

que, dicho de otro modo, a admitir que una gran parte de sus conflictos provienen del uso incorrecto del lenguaje. Rorty no elimina la metafísica. La vuelve innecesaria al aceptar que el conocimiento, el yo y la verdad son construcciones contingentes, ya no tiene sentido cuestionar su fundamento. Por ende, la metafísica se trasciende cuando se deja de formular.

Sin embargo, esta estrategia tiene un costo. Rorty convierte la filosofía en una práctica conversacional, lo cual disminuye la profundidad existencial y ontológica que aún conservaban Heidegger y Nietzsche. Para Nietzsche, la creación de nuevos valores implicaba una trágica reafirmación de la vida, un enfrentamiento con el vacío que había dejado la muerte de Dios. Según Heidegger, era preciso confrontar el misterio del ser y aceptar la finitud como una condición de apertura para poder pensar el ser.

Para Rorty, en cambio, la finitud se transforma en un asunto contingente del lenguaje. En un entorno liberal, la muerte, el sufrimiento y el sentido se convierten en asuntos a debatir.

Para Nietzsche y Heidegger, lo que Rorty considera una postura cívica es una experiencia extrema. Esta discrepancia revela que su superación es pragmática. Rorty pretende incluirla la filosofía en las prácticas culturales, donde la meta de su ironista es que su propia existencia sea coherente en términos narrativos.

En lugar de fundar, vuelve a describir; en lugar de responder al ser, conversa. Desde esta perspectiva, la filosofía deja de ser una disciplina privilegiada para convertirse en una más entre diversos métodos para crear cultura. Por ende, Rorty propone sustituir al filósofo por el autor: aquel que amplía las posibilidades del lenguaje común sin requerir autoridad. El fruto es el progreso práctico de la metafísica, que se comprende como la anulación de sus propósitos fundacionales. Rorty reconoce la necesidad de sentido, pero lo redefine a través del diálogo y de la pluralidad.

Así, la ironía se presenta como una forma de sabiduría secular: una manera de vivir en el mundo sin verdades absolutas, pero también sin caer en el relativismo absoluto. No hay una verdad absoluta, pero sí historias que nos unen y nos transforman. El equilibrio entre la solidaridad y la contingencia es lo que compone la fortaleza de su propuesta, así como su limitación.

No obstante, en toda su obra se aprecia una tensión que proviene de la transición entre la tragedia y el diálogo, entre el ser y la conversación. Rorty, al eliminar la dimensión ontológica, libera el pensamiento de su peso metafísico; sin embargo, también lo priva de la profundidad con que Heidegger y Nietzsche entendían la existencia. En las secciones siguientes se examinará exactamente esa tensión: la manera en que Rorty toma de ellos la crítica a la verdad como corres-

pondencia y cómo su ironía, al trasladar el pathos del ser hacia el lenguaje, consigue vencer a la metafísica solamente sacrificando su dramatismo.

IV. Nietzsche y Heidegger como antecedentes

La ideología de Richard Rorty no se desarrolla en la nada. Aunque su estilo se distancia de la densidad ontológica de la filosofía europea, sus ideas son parte de una tradición que él mismo reconoce como esencial: el cuestionamiento nietzscheano-heideggeriano de la metafísica. Rorty acepta la crítica de la fatiga del proyecto fundacional de la filosofía, pero altera radicalmente el resultado.

De acuerdo con Nietzsche, la superación de la metafísica consiste en una inversión del platonismo. El filósofo alemán desmonta la estructura que había subordinado la vida sensible a un orden trascendental, mostrando que cualquier alusión a un “más allá” no es más que una negación de la existencia¹.

Su diagnóstico del nihilismo busca evidenciar que todo juicio tiene una naturaleza histórica. Cuando Nietzsche dice que Dios ha muerto, está afirmando que los principios esenciales (la moral, la razón y la verdad) ya no son útiles para el ser humano. Una vez que el pensamiento se libera de ese eje trascendente, debe aprender a reafirmarse por sí mismo.

Esta obra se concibe como una forma de corroborar la tragedia. Pese a que el mundo carece de fundamento, este vacío conduce a la posibilidad de una reafirmación estética novedosa. El arte se convierte en la mejor manifestación de la vida, pues al transformar el sufrimiento en forma, otorga carácter a la existencia.

El deseo de poder, que se entiende como un ímpetu vital y creador, refleja esta faceta ontológica del arte: la vida es un proceso ininterrumpido de transformación e interpretación de uno mismo.

En este contexto, la verdad deja de ser una correspondencia y se transforma en una metáfora práctica: una construcción que, mientras conserve su fuerza, es útil para la vida. Rorty se hace eco de la crítica a la verdad como correspondencia, pero la desdramatiza. Rorty piensa que hay una posibilidad de emancipar el pensamiento del peso de la verdad en la declaración estética del devenir que descubre Nietzsche. Se podría caracterizar su ironía como una versión secular y atenuada de “sí a la vida”: una postura que acepta que toda creencia es contingente sin necesidad de convertirla en tragedia.

La creatividad lingüística reemplaza la voluntad de poder en Rorty, y la redescipción se hace cargo de la transvaloración. Ambos argumentan que el sentido se crea; sin embargo, en Rorty esta creación pierde su pathos afirmativo y se convierte en diálogo. La crítica que hace Heidegger a la metafísica sigue un rumbo distinto. El filósofo alemán considera que la historia de la filosofía ha sido un intervalo de olvido del ser, tanto en Ser y tiempo como en sus demás obras.

Asegura que, desde Platón, la filosofía ha vinculado el ser con la presencia y ha percibido el lenguaje como un medio para representar lo real.

Así, la metafísica ha simplificado el ser a una entidad suprema o a una estructura lógica, oscureciendo el punto de partida en el que todo se origina.

Heidegger sostiene que trascender la metafísica significa desarrollar la habilidad de pensar a partir de esa omisión, escuchar lo que permanece sin expresarse, y no dejarla atrás en favor de una nueva teoría.

¹ El mundo de las apariencias es el único real, el mundo verdad ha sido añadido por la mentira (Nietzsche 1999, 33)

Heidegger impulsa una forma de pensar que renuncia a los fundamentos y permite que el ser se muestre en el lenguaje. Su crítica al discurso técnico y a la rigidez lógica apunta a liberar lo esencial de los límites conceptuales.

Propone una relación poética con la palabra, donde el decir se convierte en apertura, un modo de dejar que lo existente aparezca en toda su amplitud. En esta situación, lo que se da es desocultamiento², no correspondencia; un proceso en el que el ser se oculta y revela. La filosofía, en vez de buscar la certeza, se convierte en una acción abierta y cuidadosa.

Rorty encuentra una fuerte afinidad en esta lectura. Su oposición al representacionalismo concuerda con la crítica que hizo Heidegger a la concepción del lenguaje como reflejo. Sin embargo, su entendimiento del giro heideggeriano es pragmático y no ontológico. Heidegger percibe una transformación en la manera de pensar, mientras que Rorty identifica una oportunidad para redefinir el rol cultural de la filosofía. En su lectura, renunciar a la metafísica se trata de un progreso hacia una forma de conversación en la que ninguna descripción tiene preferencia sobre las demás.

En consecuencia, en Rorty, el gesto meditativo de Heidegger se transforma en pluralismo lingüístico. El contraste entre ambos se puede expresar en términos de dirección y profundidad. Heidegger y Nietzsche intentan llegar hasta el principio, ya sea la vida o el ser; Rorty, en cambio, se desplaza de manera lateral entre lenguas.

El primero desea profundizar la experiencia, en tanto que el segundo quiere hacerla más flexible. Los dos caminos provienen del mismo diagnóstico: la in-

capacidad de encontrar un fundamento último.

Sin embargo, Rorty sustituye la dimensión emocional de este hallazgo —el miedo, la sorpresa, el vértigo— por una actitud liberal de serenidad. Su ironista no tiene en cuenta el abismo; lo narra, lo describe y lo transforma en diálogo. Para Rorty, en resumen, Nietzsche y Heidegger constituyen la doble herencia de la crítica moderna: la intuición de que pensar es siempre una manera de vivir en el mundo y la conjetura de que solo se trata de una construcción. Rorty opta por la primera y no toma en cuenta la segunda.

El proyecto realiza un avance lingüístico de la metafísica, sin embargo, no extingue el deseo, que aún persistía en Heidegger y Nietzsche, de interrogar lo que significa existir. Lo que para ellos era una experiencia ontológica, se transforma en sensibilidad cultural en Rorty; lo que era pathos, se vuelve ironía.

Confrontación

La disputa entre Heidegger, Rorty y Nietzsche no se debe considerar simplemente como una continuación. Aunque los tres son conscientes de que la metafísica está agotada, cada uno aborda el asunto desde una sensibilidad distinta. Heidegger simboliza la escucha meditativa del ser; Rorty, la ligereza irónica de la lengua; y Nietzsche, la afirmación trágica de la vida. Esta discrepancia evidencia la originalidad de Rorty y el nivel de distancia que mantiene respecto a sus predecesores. Su propuesta no se opone a Nietzsche o Heidegger, pues los traduce, y convierte la metafísica pathos en un acto cultural de reescritura.

² “*Adaequatio* es el término que Heidegger recupera para pensar la verdad no como correspondencia entre juicio y objeto, sino como desocultamiento del ser. En este sentido, la verdad acontece cuando algo se muestra en su ser, saliendo del ocultamiento que lo cubre. “El análisis requerido para esto deberá esforzarse en poner al mismo tiempo ante la mirada el fenómeno de la verdad que es característico del conocimiento, (Heidegger, 1995, pág. 216).”

Rorty argumenta que la filosofía occidental ha estado centrada en encontrar una verdad que no esté sujeta al lenguaje o al tiempo. Emplea la crítica de Nietzsche a la verdad como una ilusión útil y la de Heidegger al olvido del ser para evidenciar que tal anhelo ya no tiene razón de ser. Sin embargo, su respuesta consiste en modificar el modo de referirnos a nosotros mismos. Rorty asume una actitud terapéutica ante la gravedad del pensamiento europeo. El papel del filósofo consiste en acompañar el desarrollo cultural, favoreciendo modos de expresión más abiertos y diversos, sin aferrarse a la búsqueda de fundamentos. La ironía juega un rol esencial en este desplazamiento. Para Heidegger, la libertad del espíritu era tener apertura al ser que se manifiesta; para Nietzsche, en cambio, era la capacidad de crear valores. Rorty concibe esa libertad como la capacidad de utilizar el lenguaje: la posibilidad de describir el mundo sin recurrir a verdades absolutas.

En cierto modo, el ironista es el heredero laico del superhombre nietzscheano y del pensador de Heidegger: ambos renuncian a la aspiración de universalidad, pero mantienen la conciencia de que toda descripción tiene un matiz histórico.

Lo que cambia es la temperatura del pensamiento: en vez de escuchar en silencio o aceptar de forma trágica, ahora hay diálogo. Luis César Santiesteban, en su estudio titulado *Rorty y la superación de la metafísica*, ha señalado que se puede entender la propuesta de Rorty como una reinterpretación estética del pathos metafísico. La filosofía, despojada de su vocación fundacional, adopta una función similar a la del arte: ofrecer perspectivas nuevas sobre el mundo.

Rorty convierte la necesidad de trascendencia en ingenio narrativo, o como lo menciona el mismo:

“La noción de “Sublimidad” es fundamental en el marco de su confrontación metafísica con Nietzsche y Heidegger, a pesar de los exigüos desarrollos que le dedica a su exposición, (Santiesteban 2022, 83).”

El gesto es muy contemporáneo: reconocer que no hay un punto de vista absoluto, pero seguir buscando formas expresivas que mantengan el deseo de sentido vivo. Esta lectura arroja luz sobre el conflicto fundamental entre la superación y la domesticación. Rorty va más allá de la metafísica teórica (no hay un “ser” que se pueda explicar ni una “verdad” que se deba alcanzar), pero al hacerlo también doma lo que se conoce como experiencia metafísica.

Lo que en Nietzsche y Heidegger suponía un conflicto con el abismo, se transforma en Rorty en una coexistencia plural. Su ironía libera al pensamiento de la obsesión por el fundamento, aunque también le resta el dramatismo y la intensidad ontológica que eran elementos constitutivos de tal búsqueda.

Es como si el pensamiento se hubiera vuelto más gentil, aunque probablemente menos profundo, al dejar de mirar hacia el abismo.

No obstante, esta reducción de la gravedad no significa necesariamente una renuncia. Rorty propone, en lugar de una ontología del ser, una ética fundamentada en el reconocimiento recíproco. Heidegger proponía que nos abriéramos a lo no expresado, mientras que Nietzsche exigía la creación de nuevos valores y Rorty sugería vivir con lo contingente. Su filosofía tiene el objetivo de evitar la violencia que emana del anhelo de poseer una “verdad absoluta”. En este contexto, la ironía tiene un efecto moral: enseña a vivir sin certezas y sin caer en la desesperación. La conversación sustituye al sistema como el sitio de significado compartido. Sin embargo, podría plantearse si esta sustitución es suficiente para hablar de una “superación” auténtica de la metafísica. Al dejar de lado

la pregunta del ser, Rorty también elimina el riesgo que esta conlleva. Para Heidegger, el pensamiento era una actitud afectiva o “*Befindlichkeit*”³, que suponía la vulnerabilidad, la apertura y hasta el temor. Según Nietzsche, establecer valores era una lucha contra la vacuidad.

La ironía, pues, reemplaza esas pasiones por una distancia reflexiva. La interpretación cultural, y no la vivencia de los límites, es el terreno en el que ahora se desarrolla el pensamiento. La tragedia se convierte en conversación; el abismo, en metáfora. Esta disparidad no invalida la propuesta de Rorty, pero sí establece su lugar. Su “superación práctica” incorporar la metafísica al lenguaje cotidiano.

Lo que en Nietzsche y Heidegger era un grito ontológico se convierte en una forma de cortesía intelectual: estar dispuesto a dialogar con otros, teniendo la consciencia de que nadie tiene la última palabra. Ese comportamiento, aunque más suave, conserva algo del ímpetu inicial de la metafísica: la inquietud por lo que aún no puede expresarse del todo y el deseo de sentido. Por ende, se puede sostener que la ironía es una superación atenuada del pensamiento trágico: lo admite, lo reorganiza y lo suaviza. Rorty no suprime la metafísica; la continúa en clave secular. Su ironista permanece en el mismo horizonte que Nietzsche y Heidegger, aunque con otro registro. La pregunta deja de girar en torno al ser y se orienta hacia lo que aún puede decirse después de él.

Conclusión

Enmarcado en el pragmatismo, Rorty convierte la crítica ontológica de sus predecesores en una activi-

dad cultural con la finalidad de liberar al pensamiento de su necesidad de fundamentos, según muestra esta investigación. Su superación de la metafísica se da a nivel práctico: abandona el lenguaje fundacionalista, se desprende del concepto de verdad absoluta y redefine la filosofía como un diálogo libre acerca de las formas de describir el mundo.

Sin embargo, esta liberación tiene un costo. Nietzsche y Heidegger, cada uno a su manera, sostenían un pathos existencial: la experiencia del ser como una revelación o como una afirmación trágica.

Para ellos, trascender la metafísica no implica suprimirla. El pensamiento atraviesa su legado y penetra en el vacío que este desvela. Rorty, en cambio, sustituye ese dramatismo por una ironía ligera. La filosofía ya no se enfrenta al enigma del ser; se adapta a su ausencia. El pensamiento se vuelve menos solemne, pero también menos convulso. Lo que antes era un conflicto entre el ser humano y el ser, ahora es una conversación entre idiomas. Esta distinción es la fortaleza y también el límite del pensamiento rortiano.

Su proyecto establece un camino para contemplar la filosofía sin metafísica, aunque al hacerlo debilita el elemento ontológico y afectivo que siempre ha estado presente. La ironía suprime la necesidad de un fundamento y, simultáneamente, el temblor que esta exigencia producía, al admitir que todo discurso es contingente.

Si Nietzsche quería cambiar la vida por medio del arte y Heidegger, a través de la palabra, Rorty propone reconfigurarlo a través del diálogo. Aunque la dirección cambia, la inquietud fundamental (la búsqueda de sentido ante situaciones contingentes) permanece. La conclusión que se obtiene con el análisis

³ Lo que en el orden ontológico designamos con el término de disposición afectiva, que es ónticamente lo más conocido y cotidiano: el estado de ánimo, el temple anímico, (Heidegger, *Ser y Tiempo* 1995, 138).

comparativo es que Rorty logra una superación práctica de la metafísica, ya que sustituye el gesto fundacional por la creación lingüística y desplaza el dilema del ser hacia la pluralidad discursiva. No obstante, esa superación no es total. A pesar de haber renunciado al pathos metafísico, Rorty sostiene un deseo de reconciliación.

No trata de unificar el pensamiento y el ser, sino que su propósito es lograr que las distintas voces del mundo convivan al mismo tiempo. Su ironía atenúa el ímpetu metafísico y lo transforma en conversación. Así, la ironía de Rorty puede entenderse como un eco suavizado de la experiencia metafísica: una manera de vivir su legado sin regresar a su rigidez. Rorty dialoga en el sitio donde Heidegger permanecía callado y Nietzsche gritaba. La conversación aborda la posibilidad de una filosofía que, sin renunciar a la profundidad del pensamiento, pueda aceptar su verdadera condición humana: contingente, plural y finita.

Referencias

Escudero, Jesús Adrián. *Guía de Lectura de Ser y Tiempo*. Vol. 1. Barcelona: Herder, 2016.

Heidegger, Martín. *Nietzsche Tomo 1*. Barcelona: Ediciones Destino, 2000.

—. *Ser y Tiempo*. Madrid: Trotta, 1995.

Nietzsche, Friedrich. *El Crepúsculo de los Ídolos*. Barcelona: Colección Fontana, 1999.

Rorty, Richard. *Contingencia, Ironía y Solidaridad*. Barcelona: Paidós, 1989.

—. *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*. Barcelona: Paidós, 1991.

—. *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Catedra, 1989.

Safranski, Rüdiger. *Un Maestro de Alemania. Martín Heidegger y su tiempo*. Barcelona: Fábula Tusquets Editores, 1997.

Safranski, Rüdiger. *Nietzsche. Biografía de su Pensamiento*. Barcelona: Fábula Tusquets Editores, 2001.

Santiesteban, Luis Cesar. «Rorty y la superación de la metafísica.» *Analogía Filosófica*, 2022: 59-107.

Wittgenstein, Ludwig. *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: CRÍTICA, 1988.